

CASTILLA

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

Director-Gerente: Santiago Camarasa.

CASTILLA-MADRE

A la hermana Cataluña.
Aquí estamos.

«Sola, sola en mitj dels camps,
terra endins, ampla es Castella.
Y está trista, que sols ella
no pot veure els mars llunyans.
Parleuli del mar, germans.»

(Maragall, *Himne ibéric*).

Tengamos siquiera el valor de equivocarnos. Y digamos todos con leal sinceridad nuestro pensamiento.

Yo creo, ciertamente, que el llamado «problema catalán» no es exclusivo de Cataluña; es, por el contrario, el más agudo y transcendente problema nacional que tiene España. Y a él tenemos que ir limpios de corazón, sin ofuscación en la mente.

¿Nos veremos, antes, en el paso honroso de declarar que no hierve en nosotros «s nigre esloveca»? Si alguien lo viese en nuestra actitud, puede estar seguro de que yo no le conteste. Nunca ejercitaré la esgrima casera.

Desde que existe una historia mundial, cabe hablar de un «sentido político» que en carrila y enciende las voluntades hacia un vivir histórico. Precisamente la característica de nuestros políticos—desde la Restauración acá, para ceñirnos a lo actual—ha sido la carencia radical no ya de sentido pero ni siquiera del más ligero instinto político. ¡Naturalmente! Como que para gobernarse necesita mucha cultura, mucha preparación y «mucha vista»—aparte de otras garantías morales.

Por esto mismo causa hoy una sorpresa profética la ideología, realizada ya en parte, de aquel gran patriota de clara inteligencia y corazón honrado que se llamó Francisco Pi y Margall. De un gran instinto político estaba dotado, entre otras aptitudes elogiadas, Prat de la Riba. Y sólo, en nuestros días, ha dado pruebas de semejante perspicacia—esta opinión es corriente, aun cuando no le limpie de sus pecados—, el conde de Romanones.

¿Qué son y qué han hecho nuestros políticos? Son «polí-

ticos» y han hecho «política». La política de Cuba, la política de la guerra, la de ahora.... Los grandes tumbos de la vida española, que acabarán por cuartearla y dar con ella en tierra. Verdad es, en cambio, que poseen una enciclopédica ignorancia tan pintoresca como canosa.

Pero su culpa ¿es única? Tampoco. El mal también está en nosotros. Está en esta quietud e inercia como de escombros, en este acorchamiento de la pública sensibilidad en la falta de valor civil.

La domesticidad de los «políticos» es incompatible con la indómita conciencia civil que crea ese dramatismo apasionado donde florecen los héroes anónimos.

Todo esto viene a cuento para una conclusión. En aquellos sitios que disfrutaban de civilidad tienen representantes; donde no—¡casi todo España!—tienen «diputados», domésticos de rabadanes y criados de influyentes a la vez que neroncillos de mucha gente humilde. Cataluña con algunas otras pequeñas partes de España, están dotadas de estos parlamentarios, antitéticos, en términos políticos, al resto de la representación nacional. (Desearía que alguien pudiera rectificarme).

Esta es la cuestión previa de esta otra: una orientación histórica—la resultante de la verdadera política—exige una conciencia preparada. Lo que sea España como problema histórico y político nos obligaba a todos estudiarlo con una saludable amplitud humana. Y este estudio debería estar hecho. (Precisamente lo que hacen con sus problemas en esas latitudes europeas trabajadas por una efectiva cultura.)

En España no se ha cumplido esa «previsión» de la historia. Pero en ciertas regiones de ella la gente pensaba y en consecuencia trabajaba y articulaba sus masas y de este modo sentía. ¡Ahora veremos cómo y con qué vigor se hacen solidarios de sus inquietudes y, en estos momentos de ansia, culminan en ferviente deseo!

De la masa muerta española algunos de sus representantes han sido hombres de buena voluntad, pero encadenados a la zarabanda restauradora—con la dureza y rigidez de sus dogmas inalterables, alguno de ellos opuesto a todo sentido de patria—tuvieron, los que más, cáscara de estadistas, y ninguno ese fondo inexpugnable de que ha de estar dotado el hombre de gobierno para ciertas ocasiones en que gritan las horas justicieras.